

**EXCLUIDO
DE PRESTAMO**

**FBJE.Foll
000.240**

CUADERNOS DE ACTUALIDAD

- 1 SLOGANS DIVORCISTAS
Amadeo de Fuenmayor
- 2 IGLESIA Y POLITICA
José Miguel Ibáñez Langlois
- 3 LOS CRISTIANOS EN UN TIEMPO DE PRUEBA
José Orlandis
- 4 SEXO Y PERSONALIDAD
J. B. Torelló
- 5 MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER
UN HOMBRE DE DIOS
MAESTRO DE VIDA CRISTIANA
Pedro Lombardía / José Orlandis

En preparación:

INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA IDEA SOCIALISTA
Antonio Millán Puelles

MAS ALLA DE LA ETICA DE SITUACION
Ignacio Celaya / Ramón García de Haro

**CUADERNOS
DE
ACTUALIDAD**

5

**MONS. JOSEMARIA
ESCRIVA DE BALAGUER**

**UN HOMBRE DE DIOS
MAESTRO
DE VIDA CRISTIANA**

P. LOMBARDIA / J. ORLANDIS

UNIVERSIDAD DE NAVARRA



101240616

EUNSA



EDICIONES
Plaza de los Sauces, 1

PRE

P. LOMBARDIA / J. ORLANDIS

MONS. JOSEMARIA
ESCRIVA DE BALAGUER

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS

B.1.240.616 CUADERNOS DE ACTUALIDAD

R.185.401

EUNSA
UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES

© Copyright 1976. Ediciones Universidad
de Navarra, S. A. (EUNSA)
Plaza de los Sauces, 1 y 2. Barañain-Pamplona (España).
ISBN 84-313-0436-7
Depósito Legal NA. 186-1976
Printed in Spain.—Impreso en España.
Impreso en Imp. Popular - Uztároz, 5 y 7
Pamplona, 1976.

UN HOMBRE DE DIOS

He colaborado muchas veces intentando escribir este artículo sobre la personalidad de Mons.

Los artículos que recoge este número de Cuadernos de Actualidad fueron publicados en la revista Nuestro Tiempo, en noviembre de 1975. Sus autores —Pedro Lombardia, Catedrático y Profesor Ordinario de Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, y José Orlandis, Catedrático de Historia del Derecho y Director del Instituto de Historia de la Iglesia de la misma Universidad— ofrecen respectivamente en sus colaboraciones una semblanza viva y directa de Monseñor Escrivá de Balaguer, Fundador y primer Presidente General del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, y una reflexión sobre sus principales aportaciones al patrimonio espiritual de la Iglesia.

En primer lugar nuestro recuerdo es su perfil humano. Tenía una recia, vigorosa, cálida humanidad. Yo, al menos, nunca le conocí a otra persona como él.

Era enérgico, perseverante, listo de recordatorio y, al mismo tiempo, tenía una gran delicadeza de corazón y una extraordinaria ternura. Un hombre recto y de finísima sensibilidad.

UN HOMBRE DE DIOS

He emborrinado muchos folios intentando escribir este artículo sobre la personalidad de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás. Folios que reflejan diversos intentos de comenzarlo y todos me parecen muy pobres. Hay algo, sin embargo, que se repite en cada uno de ellos: el título. Y en este enésimo intento aparece de nuevo. Creo que no se puede resumir de manera más breve y sencilla lo que fue aquel sacerdote que murió en Roma el 26 de junio, dejándonos llenos de sereno dolor a miles de hombre y de mujeres de los más diversos países, que nos llamamos —porque lo somos— hijos suyos. Mons. Escrivá de Balaguer era —es ahora más que nunca— un hombre de Dios.

Una vigorosa personalidad

Fijemos primero nuestro recuerdo en su perfil humano. Tenía una recia, vigorosa, cálida humanidad. Yo, al menos, nunca he conocido a otra persona como él.

Era enérgico, perseverante, lleno de reciedumbre y, al mismo tiempo, tenía una gran delicadeza de corazón y una extraordinaria ternura. Un hombre recio y de finísima sensibilidad.

Su inteligencia era clara, penetrante; tenía, por ello, una visión amplia, de dilatados horizontes, que le permitía ir al núcleo mismo de las cuestiones, ver lo fundamental sin perderse en lo accesorio. Pero, al mismo tiempo, era muy grande su capacidad para advertir los más pequeños detalles en las personas y en las cosas.

Porque se daba cuenta de lo grande y de lo pequeño y era extraordinariamente sensible, estaba dotado de una inagotable capacidad de sufrimiento. Sufrió, en efecto, mucho, pero su dolor iba siempre unido, no sólo a una continua sonrisa, sino a una radical alegría. Le he visto llorar algunas veces y le he visto, sobre todo, cantar y reír en muchas ocasiones.

Quería apasionadamente a todas las personas, a todos los países, al mundo entero en que vivimos, y demostraba su amor con obras y con una extraordinaria delicadeza en el trato. Yo no sé de nadie que haya querido como él.

Era un hombre universal, en sus ideales, en su trabajo, en sus afectos; pero este hombre universal, cuyas palabras llegaban directas, sin rodeos, hasta el fondo del alma de personas de muy diversa formación, de los más variados temperamentos, de cualquier raza o país, y que había estado fuera de su región natal la mayor parte de su vida, no era un hombre desarraigado: hasta su muerte conservó los rasgos del carácter de los aragoneses y el acento de su tierra.

Iba deprisa, en su caminar de paso vivo y en su trabajo de increíble eficacia, y, sin embargo, todo lo hacía con esa calma que es necesaria para hacer las cosas bien, calando hondo en lo que significan.

Sonreía, abrazaba, decía divertidísimas ocurrencias llenas de buen humor, incluso cuando hablaba de los asuntos más serios. Era muy espontáneo en sus palabras y en sus gestos, pero nunca perdía la dignidad de su innato señorío. Trataba cordialmente con toda clase de personas y a todos inspiraba, al mismo tiempo, confianza y respeto.

Escribía y hablaba con gran elegancia literaria, en un castellano noble y rico y, al mismo tiempo, sencillo, transparente, que todos podían comprender. Cuando hablaba, todo, hasta lo más sabido, cobraba vida, tenía una fuerza y un vigor que llevaban a descubrir a quien lo escuchaba nuevos matices, aunque se tratara de ideas —e incluso de frases literales— que se hubieran oído antes, a él mismo, en otras ocasiones. Al hablar, improvisaba con frecuencia, a veces al filo de una pregunta surgida de los labios de cualquiera de los que le escuchaban. Entonces sus palabras, pronunciadas con total despreocupación por la forma, volcados el corazón y la mirada hacia el interlocutor, tenían la misma elegancia literaria que sus más meditados escritos.

Era optimista, alentaba siempre a ser mejores y más alegres y ello sin rehuir las dificultades y los problemas, sin ignorar la mediocridad y el pecado, sin escamotear el hecho tangible del dolor humano. Enseñaba a vencer las dificultades con renovado impulso, a volver a comenzar siempre en la lucha por superar los defectos personales, a sufrir con alegría.

Actuaba con una soberana libertad, sin que le atemorizara nada ni nadie, con una gran valentía, al mismo tiempo gallarda y sencilla. Y al manifestarse

con diáfana claridad, sin la menor concesión a los respetos humanos, sus acciones, sus palabras y sus gestos, que fluían de modo tan natural, jamás eran ofensivos para nadie, siempre estaban en delicada sintonía con el Magisterio de la Iglesia y tenían una increíble coherencia. Todos sus textos, antiguos o recientes, escritos por él con detenimiento y cuidado o recogidos por quienes le escuchaban cuando hablaba improvisando, reflejan una profunda unidad de doctrina y de vida.

Instrumento de Dios

Al releer lo que he escrito hasta ahora veo con claridad que también este intento de describir algunos rasgos de la personalidad humana, sobre la que se asentaba la paternidad espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, ha tenido escaso éxito. Mis palabras difícilmente pueden reflejar esa vigorosa personalidad, que captaron sin duda cuantos le conocieron y que ciertamente no puede intuir, leyendo un artículo mío, quien no haya tenido la fortuna de tratarlo. No voy, sin embargo, a añadir estos folios al montón de los que reflejan anteriores intentos. Para seguir adelante me tranquilizo pensando que escribir sobre su perfil humano es muy difícil, entre otras razones porque resulta prácticamente imposible separar al hombre de la gracia divina, que parecía hacerse «visible» —pese a ser por definición invisible— en todas las facetas de su vida. También resulta muy difícil deslindar la personalidad humana de Mons. Escrivá de Balaguer, de la Obra, para cuya realización en la tierra fue instrumento fidelísimo de Dios.

Porque esto es, en definitiva, lo fundamental: Mons. Escrivá de Balaguer fue el instrumento escogido por el Señor para la fundación de una asociación que es —literalmente— Opus Dei. Es importante detenernos en el alcance que en este caso tiene la palabra fundación.

Desde su adolescencia barruntaba, como él decía, que Dios quería confiarle una misión, pero desconocía de qué se trataba en concreto. Fueron años en los que Dios fue preparando aquella alma, que correspondía con la radical entrega de dar un sí anticipado a una llamada aún inconcreta. Rezó mucho, pidió ver con claridad la voluntad divina, recibió la ordenación sacerdotal, ejerció el ministerio abnegadamente en Aragón y en Madrid y siguió esperando que el Señor le hiciera ver sus designios.

Y una mañana de otoño madrileño, el 2 de octubre de 1928, conoció con claridad en qué consistía la tarea de santificación y apostolado para cuya realización había escogido el Señor como instrumento a un sacerdote de veintiséis años, que sólo tenía entonces —como él mismo ha confiado en alguna ocasión a sus hijos— «gracia de Dios y buen humor». Ya estaba fundado el Opus Dei, viejo y nuevo como el evangelio; ya era universal en el alma de un joven sacerdote, sobre quien había recaído la responsabilidad de cumplir un designio divino.

Y que de esto se trata —de cumplir la voluntad de Dios manifestada al Padre aquel día— es algo integrado hoy, con increíble naturalidad, en las vidas de miles de personas de ochenta nacionalidades distintas, que saben que su vocación no es un programa de vida discurrido por unos hombres

con rectitud de intención o unos hermosos ideales que hubieran brotado de unos corazones generosos. «Esto —como se lee con claridad meridiana en el n.º 942 de *Camino*— es mucho..., pero es poco». Saben que cumplen «un mandato imperativo de Cristo».

Desde aquel 2 de octubre de 1928 el Opus Dei, definitivamente perfilado, fue haciéndose realidad en este mundo, ante todo en el alma de su fundador. De aquí que la historia de la gracia divina actuando en el alma de Mons. Escrivá de Balaguer y la de su heroica correspondencia a la acción del Espíritu Santo no puedan distinguirse de la historia del Opus Dei. Se comprende también que los miles de mujeres y de hombres que hoy tratan de vivir la vocación al Opus Dei, pese a las debilidades y flaquezas personales, sean, en el sentido más estricto de la palabra, hijos de la oración y mortificación de Mons. Escrivá de Balaguer; es decir, «hijos del Padre». Lógico es igualmente, que la fuente inmediata y concreta en la que se han formado espiritualmente —y se formarán hasta el fin de los tiempos— los socios del Opus Dei, sea la vida interior del Padre. Por ello, desde la fundación del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer ha vivido en la presencia del Señor, acompañado del clamor de lo que yo me atrevería a llamar —perdón por la deformación profesional de jurista— la oración «en blanco» de sus hijos: «Señor, te pido lo que te pida el Padre». Y esta oración, que procede por vía de reenvío, como algunas normas de Derecho Internacional Privado, le acompaña ahora en la oración que está haciendo, cara a cara, en la presencia del Altísimo.

Obras son amores

Se lee en el punto 933 de *Camino*: «Cuentan de un alma que, al decir al Señor en la oración *Jesús, te amo*, oyó esta respuesta del cielo: *Obras son amores y no buenas razones*. —Piensa si acaso tú no mereces también ese cariñoso reproche». Algunos de los hijos de Mons. Escrivá de Balaguer sabemos muy bien que el hecho aquí relatado es rigurosamente histórico y que —en este texto, como en algunos otros— *Camino* es delicadamente autobiográfico. Lo que tan breve y discretamente se relata en las palabras citadas, ocurrió un día en los años de la II República española, junto a la reja de clausura de la iglesia del Patronato de Santa Isabel de Madrid, cuando el Padre daba la comunión a las religiosas de aquella casa.

«Obras son amores y no buenas razones». ¡Qué bien correspondió el Padre a esta gracia divina! Su vida santa estuvo cuajada de obras; obras de oración, de mortificación, de trabajo agotador, de entrega a Dios y a los hombres. Desde el día de su muerte, he recordado muchas veces este hecho de la vida del Padre y su correspondencia a lo que él llama —en el texto de *Camino* que acabamos de recordar— «cariñoso reproche». Y lo he puesto en relación con unas palabras del Apóstol Juan, utilizadas durante siglos por la liturgia de la Iglesia, en las misas de difuntos: «Oí una voz del cielo, que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras les acompañan» (Ap. 14, 13).

¡Podrían escribirse tantas cosas —y se escribirán sin duda— sobre las obras del Padre! Yo ahora sólo me atrevo a subrayar algunos aspectos.

Ante todo, que en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer distinguir vida interior y obras no tiene sentido. El vivió siempre esa unidad de vida, que ha inculcado a sus hijos y que constituye un punto básico de su doctrina espiritual. Sus obras todas fueron oración. No es ésta una afirmación retórica, sino un testimonio en el que me comprometo con toda la rotundidad que a mí personalmente me es posible. Le conocí en el verano de 1947; le vi por última vez el 16 de abril de este año. A lo largo de esos veintiocho años he tenido bastantes oportunidades de tratarle. Le he visto rezar, predicar, trabajar, hablar; le he tratado a solas y estando en grupos reducidos o en reuniones a las que asistían muchedumbres. Siempre, sin excepción alguna, era evidente que vivía en la presencia del Señor, que elevaba continuamente el corazón al Cielo, que todas sus obras eran un acto de adoración a Dios Uno y Trino, un delicado requiebro a la Virgen Santa María, a la que tanto ama. El contenido del punto 271 de *Camino* es, ciertamente, aplicable a los actos todos de la vida de Mons. Escrivá de Balaguer: «Decía un alma de oración: en las intenciones, sea Jesús nuestro fin; en los afectos, nuestro Amor; en la palabra, nuestro asunto; en las acciones, nuestro modelo».

Pero además, su oración —y dedicó muchas horas de su vida exclusivamente a la oración— era trabajo intensísimo, entrega rendida de todas sus fuerzas. La Santa Misa era también para él —como dijo en una ocasión— «Opus Dei, trabajo de Dios».

Y añadía: «Trabajo mío, no, porque es Cristo quien la dice. Pero yo me canso. Muchos días, me canso, me canso. No de decir la Santa Misa: ¡querría estar todo el día diciéndola!, pero me quedo rendido, sin fuerzas».

Este modo de actuar en todo orden de cosas, esta unidad de vida, es un tesoro que transmitió a sus hijos. Enseñó a trabajar mucho, con intensidad; exigió siempre que el trabajo estuviera bien hecho, no admitía «chapuzas», como él solía decir. Pedía que el trabajo, ofrecido a Dios, tuviera perfección humana. Por ello, pienso ahora —recordando el texto del Apocalipsis que citaba hace poco— que, en el momento de su muerte, Mons. Escrivá fue doblemente bienaventurado, porque le acompañaban sus obras, y también las de sus hijos, hechas como él nos había enseñado, y muy frecuentemente ofrecidas al Señor por las intenciones del Padre.

Enseñó fundamentalmente eso, que la vida estuviera cuajada de obras de oración, de mortificación, de trabajo profesional, bien hecho, por amor a Dios. Y esta enseñanza era también vida, no teoría abstracta; sus palabras eran tan concretas como su ejemplo. No cabe duda de que el gran volumen de textos que nos ha dejado Mons. Escrivá de Balaguer —sus publicaciones, los documentos que redactó para sus hijos, sus cartas, tantas palabras amorosamente recogidas de su enseñanza oral— constituyen una fuente importantísima de doctrina sobre la que trabajarán teólogos, estudiosos de la espiritualidad cristiana, historiadores, canonistas... Se tendrá que poner de relieve la importancia doctrinal de la aportación de un hombre que predicó la vocación universal a la santidad

desde 1928, mucho antes de que fuera explícitamente recogida en los documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II, como ha subrayado el Cardenal Baggio en un denso artículo, publicado al cumplirse un mes desde la muerte del Fundador del Opus Dei. Pero no es mi propósito hoy hablar del contenido doctrinal de sus enseñanzas. Quiero recordar, sencillamente, que el Padre enseñó lo que vivió y que enseñó a vivirlo, de una manera concretísima, con un lenguaje vivo, plástico, ejemplificando. Con la fuerza de su ejemplo y de su palabra arrastró a miles de personas al trato confiado con Dios que es nuestro Padre, a la contemplación del misterio de la Santísima Trinidad y de la Humanidad de Cristo, a la adoración de Jesucristo en el sagrario, a encontrar en la Misa el centro de la vida interior, a amar a la Santísima Virgen y a San José, a tratar confiadamente con los Santos Angeles Custodios, a ser fieles a la Iglesia y al Papa, a trabajar mucho y bien...

Las obras de Mons. Escrivá de Balaguer, al mismo tiempo muy sobrenaturales y humanísimas, le acompañaron ciertamente el 26 de junio, cuando murió en el Señor.

Ocultarse y desaparecer

Al contemplar ahora lo que ha sido su vida, bajo el peso de tan grandes responsabilidades y en la que tanto tuvo que sufrir, impresiona recordar su paz, su profunda alegría, su contagioso buen humor. La razón más inmediata puede encontrarse en su vigorosa personalidad; la más profunda, la verdadera, en su recia y sincera humildad.

Cuantos le conocimos podemos aportar multitud de testimonios. Era una humildad sencilla y patente, que le llevaba a encontrar su seguridad y su fuerza en la filiación divina y en el amor a la Virgen.

Consciente de la grandeza de la misión que Dios le había confiado, se consideró siempre un instrumento, como dejó escrito en uno de sus documentos, redactado en 1934. Y encontró la razón de que Dios le hubiera escogido, precisamente a él, en estas palabras de San Pablo: «... ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; ha escogido a los flacos del mundo para confundir a los fuertes, y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellos que no eran nada, para destruir a las que son» (I Cor. 1, 27-28). La profunda meditación de la Sagrada Escritura le llevaba a una convicción que él expresó, en multitud de ocasiones, con diversas frases, generalmente rebosantes de buen humor; sirva esta sola como botón de muestra: «... así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es El el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso».

Evitó siempre que pudo el ruido, el lucimiento personal: «lo mío es ocultarme y desaparecer», dijo en más de una ocasión y lo vivió siempre. Se consideraba un pecador; «un pecador que ama a Jesucristo», decía de sí mismo con frecuencia. Y en consecuencia, pedía con fervor y confianza la misericordia divina. Recuerdo con particular emoción la fuerza con que nos habló a un pequeño grupo de hijos suyos, el 14 de octubre de 1971, alentándonos a pedir —y era evidente que así lo

hacia él en aquellos momentos— la misericordia del Señor con la fe de los patriarcas, de los profetas, del centurión... (las imágenes bíblicas, surgían, una tras otra, en sus palabras); y añadió: «... que Dios nos ponga en la boca las palabras adecuadas para arrancarle la misericordia».

Y esta búsqueda de la misericordia divina se concretaba, muy especialmente, en su amor al Sacramento de la Penitencia —sobre el que tanto predicó— y que recibió, durante toda su vida, con mucha frecuencia, al menos una vez cada semana.

Nuestra madre la Iglesia

Recuerdo que en marzo de 1946, cuando aún no había cumplido los dieciséis años ni había conocido a Mons. Escrivá, comencé a leer casi todos los días algunos puntos de *Camino*. Creo que comencé a entender algo del amor a la Iglesia cuando encontré, con verdadera emoción, estas palabras: «*Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam...!* — Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: *Creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...*» (n.º 517). Y estas otras: «Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón» (n.º 573). Veía entonces que el amor al Papa no era cosa que había que luchar por adquirir; sencillamente, se tenía y se agradecía a Dios. Estoy seguro de que el Señor puso en mi corazón la semilla del amor al Papa, mientras le daba gracias, leyendo estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer. En aquella época, meditando el n.º 520 de *Camino*, comencé a tener la ilusión de ir a Roma.

En septiembre de 1949 fui a Roma por vez primera. El mismo día en que llegué, el Padre me llevó a visitar la Basílica de San Pedro. Nos arrodillamos ante el Altar de la Confesión y recitamos el Credo. En el momento oportuno, modificando levemente el texto habitual castellano del Símbolo de los Apóstoles, el Padre repitió tres veces —y yo con él— estas palabras, que después tendría ocasión de oír de sus labios muchas veces: «Creo en mi madre la Iglesia Romana». Aquel día, al salir de la Basílica, poniendo mucha fuerza en sus palabras, me habló del amor a la Iglesia y al Romano Pontífice con gran sentido sobrenatural. Continuaba así esa tarea de catequesis, que había comenzado conmigo tres años antes, cuando aún yo no le conocía, por medio de *Camino*.

Esta enseñanza fue, a partir de entonces, continua. No sabría decir cuántas veces —¡fueron tantas!— me habló de amor a la Iglesia y al Papa. Nunca olvidaré aquel 19 de marzo de 1966 en el que estuvimos un rato con él en Roma tres hijos suyos, que nos ocupamos profesionalmente del estudio y la enseñanza del Derecho Canónico. Nos habló, con gran claridad, profundidad y sentido sobrenatural, del espíritu de amor a la Iglesia y a la justicia con que debíamos realizar nuestro trabajo profesional. Y este mismo año, unos tres meses antes de su muerte, con ocasión de un viaje mío a Roma, acudí a despedirme de él, antes de regresar a España. Hablamos unos minutos. Yo le contaba algunas cosas de mis actividades en Roma aquellos días. Me interrumpió —como anteponiéndolo a todo lo demás—, para preguntarme si había ido a ganar el jubileo del Año Santo.

Perdón por haberme detenido en recuerdos personales; pero no sé cómo es posible hablar en pocas líneas del gran amor de Mons. Escrivá a la Iglesia y al Romano Pontífice, fuera quien fuera (en el tiempo en que yo le he tratado han ocupado la silla de Pedro Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI). Toda su vida fue un servicio a la Iglesia, lleno de sacrificio y en el que no faltaron incomprensiones muy dolorosas.

Era llamativo ver cómo un hombre, que sabía de manera tan clara que su tarea le había sido confiada por Dios, se preocupaba con ejemplar delicadeza de los sucesivos actos de la autoridad eclesiástica, que jalonan la historia jurídico-canónica del Opus Dei. ¡Cuánta oración y cuánto trabajo antes! ¡Qué alegre acción de gracias a Dios después de cada uno de ellos!

Los últimos años de la vida del Padre han sido —es bien sabido— años de crisis para la Iglesia santa. Los vivió, poniendo en juego toda su capacidad de amor y sufrimiento, toda su fortaleza y toda su piedad. Su oración por la Iglesia era continua. Su espíritu de fe y de desagravio aparecía continuamente. Celebraba la Santa Misa, ofreciéndola por la Iglesia cada día. Mendigaba oraciones para que él fuera leal a la Iglesia; «en estos tiempos de deslealtad», añadía a veces con profundo dolor. Parece como si Cristo hubiera querido que la oración de los años de plenitud espiritual de un alma tan santa, fueran dedicados exclusivamente a su Esposa, que pasa momentos de tribulación. Y en esa oración continua fue madurando el acto de ofrecimiento de su vida por la Iglesia.

Una caricia divina

El ofrecimiento de su vida por la Iglesia fue aceptado por Dios el 26 de junio de 1975. Murió instantáneamente, con sobrecogedora sencillez.

Entre mis recuerdos personales de Mons. Escrivá de Balaguer, se cuenta uno particularmente entrañable, que arroja ahora viva luz sobre el sentido del modo en que él murió.

En la tarde del 14 de febrero de 1972 llegué a Roma, con motivo de un viaje profesional. Pocos días antes, el 8 del mismo mes, había muerto mi hermano Vicente de un infarto de efecto fulminante. En cuanto llegué a Roma, fui a ver a Mons. Escrivá. Me recibió en cuanto supo que yo había llegado. El conocía a mi hermano desde hacía mucho tiempo, sabía de su vida entregada y del sentido sobrenatural con que había llevado, durante años, una enfermedad que no ponía en peligro su vida, pero que era particularmente difícil de soportar con serena aceptación de la voluntad de Dios. También estaba informado de la noticia de su muerte. No hicieron falta, por tanto, muchas palabras.

En aquella ocasión el Padre me trató con particular afecto y, comentando la muerte repentina de Vicente, me dijo que, cuando las almas ya están maduras para el Cielo, el tránsito podía ser muy sencillo, bastaba «una caricia divina».

Desde que murió el Padre, he recordado con frecuencia aquella bellísima expresión, que me dijo el 14 de febrero de 1972 y que ahora le es aplicable, a él mismo, con absoluta exactitud.

El 26 de junio de 1975 el Señor aceptó el ofrecimiento que de su vida había hecho Mons. Escrivá de Balaguer, al mismo tiempo que le diría lo que —en frase que también he oído al Padre— podemos considerar la fórmula de canonización del Evangelio: «¡Bien, siervo bueno y fiel!» (Matth. 25, 21 y 23). No hizo falta una enfermedad. Bastó una caricia divina.

PEDRO LOMBARDIA

MAESTRO DE VIDA CRISTIANA

Unas simples consideraciones

Es muy difícil, casi imposible, pretender hacer en pocas páginas una valoración, aunque sólo sea aproximada, del enriquecimiento que Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer ha aportado a la historia de la espiritualidad cristiana. Baste pensar en la variedad y en la profundidad de sus enseñanzas —un triple magisterio escrito, oral y vivido, durante 50 años de incansable actividad sacerdotal— y a la vez en el hecho —avalado ya por la rápida difusión universal del Opus Dei— de la honda repercusión que la vida y la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer tiene, y tendrá aún más en el futuro, de cara a la Iglesia y a la humanidad.

Pienso además que la personalidad del Fundador del Opus Dei, una personalidad absolutamente excepcional desde todos los puntos de vista, es ahora cuando comenzará a ser completamente conocida —en la múltiple riqueza de sus aspectos humanos y sobrenaturales— y podrá, por tanto, apreciarse más y más en su auténtica magnitud. Porque, a pesar de haber llegado con su trato apostólico directo y con sus escritos de carácter espiritual a centenares de miles y aun millones de personas en todo el mundo, este hombre de Dios tuvo en

vida por invariable norma de conducta ocultarse y desaparecer, para que sólo Dios se luciera, como solía decir con frase gráfica.

Ahora, que salió ya de este mundo para entrar en la eternidad, no podrá pasar inadvertido ante la mirada de la Historia. Veremos incluso —estoy firmemente persuadido— cómo la Iglesia proclama sus méritos, situándole dentro de ella en el lugar exacto que en justicia le corresponde. Porque suele ser Providencia de Dios que la Iglesia reconozca a sus mejores hijos —los santos— tan sólo después de la muerte para que se les rinda entonces el público testimonio de una gratitud y de un amor, que a veces no les dispensó pródigamente mientras vivieron aquí en la tierra.

Animado por esta consideración, aunque bien consciente a la vez de la provisionalidad del intento, trataré de señalar brevemente algunas de las contribuciones, en mi opinión más significativas, con que el mensaje y la doctrina del Fundador del Opus Dei han enriquecido la espiritualidad y la vida cristiana.

Camino de muchos

La piedra angular del mensaje transmitido al mundo por el Fundador del Opus Dei la constituye, sin duda, el anuncio de la llamada universal a la santidad.

No es otra cosa la santidad —en su genuina acepción— que la plenitud de vida cristiana inherente al seguimiento fidelísimo de Jesucristo. Pues

bien, durante muchos siglos fue casi un lugar común en los ambientes cristianos que la llamada a la santidad estaba reservada en la Iglesia a muy contadas personas: a unas selectas minorías de almas privilegiadas que, para seguir a Cristo, se segregaban de los demás hombres y vivían apartadas del resto del mundo.

Treinta años antes del Concilio Vaticano II, Mons. Escrivá de Balaguer — repitiendo lo que continuamente había sido enseñanza suya desde el 2 de octubre de 1928— escribía unas sencillas palabras que en realidad suponían la revolucionaria ruptura de esquemas y hábitos mentales muchas veces centenarios. Venía hablando de esa plenitud de vida cristiana, plasmada tradicionalmente en los llamados «consejos evangélicos»; y con audaz naturalidad, formula de improviso este sorprendente juicio: «Dicen que es camino de pocos.—A veces, pienso que podría ser camino de muchos». (*Camino*, n.º 323).

Convertir el «camino de pocos» en «camino de muchos». Sería difícil expresar en menos palabras una idea más importante. No puede por tanto sorprender que esa proclamación del carácter universal de la llamada a la santidad sonase a los oídos de muchos como una intolerable osadía. Lo recordaba recientemente el Cardenal Baggio, Prefecto de la S. Congregación para los Obispos, en un resonante artículo publicado al cumplirse el primer mes del fallecimiento del Fundador del Opus Dei: «A muchos parecía eso una herejía...; después del Concilio Vaticano II, esa tesis se ha convertido en un principio indiscutible». La increíble afirmación de un joven y desconocido sacerdote ha pasado a ser

ya doctrina común de la Iglesia: también los laicos, la multitud de los cristianos corrientes, están llamados a vivir íntegramente el Evangelio, y pueden aspirar con todo derecho a ser plenamente discípulos de Jesucristo. Todos, hombres y mujeres, célibes y casados, sacerdotes y seglares, sanos y enfermos, sin distinción de raza o de cultura, de profesión u oficio, de clase o condición.

Esta gran novedad, como tantas otras de que está cuajada la doctrina espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, es mucho menos una innovación que un «redescubrimiento». Se trata sencillamente de revivir —y enseñar a practicar con eficacia— aquel mandato de Jesús, «Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Mt. V, 48), que el Señor dirigió no sólo a unos pocos, sino a todos los discípulos sin excepción. Se trata de no excluir, donde Cristo no excluyó. Por eso, el espíritu del Opus Dei —tan nuevo y tan viejo a la vez como el Evangelio— evoca ante nuestros ojos el ejemplo de los primeros cristianos, para que también ahora muchos fieles corrientes, sin más título —y tampoco menos— que su vocación bautismal, se decidan a ser plenamente consecuentes con esa vocación y, con la gracia de Dios, sigan su propio camino de santidad en el mundo.

Santificar la vida ordinaria

La llamada universal a la santidad no supone de ninguna manera un «abaratamiento» de la vida cristiana, de tal modo que la santidad quede más o

menos devaluada o se reduzca el nivel de sus heroicas exigencias. Se trata, precisamente, de lo contrario: de extender a todos los fieles, haciéndolas universales, las grandes exigencias del heroísmo cristiano. Pero, eso sí, del heroísmo que corresponde a cada cual, no de otro que, por alterar el orden natural de las cosas, resultaría impropio; de aquel en suma que Dios pide a cada individuo concreto como su propio heroísmo, atendiendo a los deberes de estado y a las peculiares circunstancias de su vida.

Esa llamada universal a la santidad lleva aparejada, por tal razón, la clara noticia de que la vida que ha de santificarse es nuestra vida ordinaria. Cada uno puede encontrarse con Cristo y seguirle en el lugar que ocupa en el mundo, sin salirse de su sitio, según enseñó constantemente, desde el 2 de octubre de 1928, el Fundador del Opus Dei; una enseñanza la suya que nos advierte, además, que si no somos capaces de descubrir a Dios en la concreta y humilde realidad de nuestra vida ordinaria, no conseguiremos encontrarle tampoco en ningún otro lugar.

Mons. Escrivá de Balaguer —lo estamos viendo— ha sido siempre un formidable realista. No ha consentido que el hombre se coloque en una postura ambigua y falsa, a mitad de camino entre la tierra y el cielo. Le ha enseñado, en cambio, a estar firmemente asentado en el cielo y en la tierra, con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo, como solía decir. Este realismo cristiano, con profundas raíces sobrenaturales, le movió siempre a denunciar, a desenmascarar la que llamaba con gracejo «mística hojalatera», la pobre mística del

ojalá, que recurre a esta expresión con tono lacrimoso, como explicación única de mil frustraciones y triste excusa de muchos fracasos. La mística que sueña con situaciones irreales, que jamás podrán darse, y deplora que no hayan sido otros los rumbos y las circunstancias de la propia vida. Frente a la «mística hojalatera», el Fundador del Opus Dei ha enseñado a santificar la vida ordinaria, la de cada uno en su concreta e irreplicable realidad, con su aparente prosa cotidiana, que él animaba a convertir en endecasílabos, en verso heroico. Así es como pudo anunciar aquella buena nueva, tan bellamente expresada y que a muchos hizo descubrir Mediterráneos insospechados: «se han abierto para todos los hombres los caminos divinos de la tierra».

El valor divino del trabajo

El valor santificante del trabajo humano ha constituido otro de los «redescubrimientos» de la doctrina espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer. Si el hombre corriente ha de santificarse dentro del marco real de su vida ordinaria, es natural que en esta santificación juegue un importante papel el trabajo, el ejercicio del propio oficio o profesión, que llena una parte considerable de la jornada cotidiana.

Pero no es una consideración de naturaleza más o menos «instrumental» —emplear el tiempo con aprovechamiento y eficacia— el argumento último de la virtualidad santificante del trabajo. El Funda-

dor del Opus Dei apunta directamente a una razón mucho más profunda, que se relaciona de modo inmediato con la economía de la Creación: el hombre ha de trabajar, porque Dios lo creó *ut operaretur*, para que trabajase y por su trabajo dominara la tierra (Gen. II, 15). El trabajo del hombre fue querido por Dios desde los momentos iniciales de la stirpe humana, antes del pecado original, que no fue causa motiva del trabajo del hombre, sino del sudor y la fatiga que, desde la caída, son compañeros inseparables del trabajo. El valor santificante del trabajo proviene, pues, primordialmente, del mismo orden natural de las cosas, tal como fue establecido por el designio de Dios Creador.

Creo que no hace falta insistir en la trascendencia que esta doctrina tiene dentro de la historia de la espiritualidad cristiana, ni de la novedad que supone el «redescubrimiento» del valor divino del trabajo. Se trata de algo que durante muchos siglos había pasado inadvertido a las sociedades cristianas. Estas —forzoso es reconocerlo— no vieron de ordinario en el trabajo mucho más que un remedio contra la ociosidad y sus peligros; o bien la pesada carga que recaía sobre las gentes más infortunadas de la escala social, aquellas que estaban obligadas a pechar con un trabajo que se consideraba quehacer desgraciado, e incluso, a veces, envilecedor, como ocurría con los oficios llamados mecánicos o serviles.

Bajo esta renovada perspectiva del valor divino del trabajo humano, aparecen llenos de sentido los treinta años de la vida oculta de Jesucristo, que Mons. Escrivá de Balaguer gustaba proponer a la consideración y a la imitación de todos los cristia-

nos. El Hijo de Dios hecho hombre quiso pasar casi toda su vida terrena en el reducido marco del taller de Nazaret, trabajando con sus manos de sol a sol, en tantas jornadas iguales y sin relieve aparente, santificando así —divinizando— el trabajo ordinario. Y la profesión marcó una huella tan honda en la personalidad humana de Jesús, que la imagen que tenían formada de él sus convecinos era la del *faber, fabri filius*, la del artesano, hijo de José el carpintero (Mt. XIII, 55; Mc. VI, 3).

El cristiano que vive en el mundo —no me refiero aquí a otras posibles vocaciones, con las que también Dios puede llamar a otras almas—, discípulo de Cristo, debe por tanto imitar la vida laboriosa de su Maestro. Todo oficio o profesión que sea noble y honesto es santificable, y su categoría cristiana —su eficacia santificante— no depende tanto del género del trabajo como del amor y de la perfección con que se realice. De ahí se deduce la importancia que reviste para el cristiano la calidad técnica del trabajo, cualquiera que éste sea. A Dios no se le pueden ofrendar chapuzas —sacrificios de Caín— y solamente la obra bien hecha, el trabajo acabado, es digno de ofrecerse a Dios, santifica a quien lo realiza y constituye un buen servicio a los demás.

El hombre, hijo de Dios

Es evidente que en todo cuanto antecede subyace una idea bien definida del hombre y de la posición que ocupa con respecto a Dios. Una antropología cristiana, clara y vigorosa, inspira en todo momento la doctrina espiritual del Fundador

del Opus Dei. Para él, no es el hombre ese idolillo de la Creación, según la pretensión de ciertos humanismos que, paradójicamente y pese a todas las declaraciones de derechos de la persona, suelen desembocar en la reducción del individuo a la condición de simple partícula, innominada y frágil, de la especie humana. El cristiano elevado al orden de la gracia, se convierte en partícipe de la naturaleza divina y puede llamar a Dios Padre suyo, porque él es realmente hijo de Dios.

Estas verdades son, ciertamente, verdades reveladas y pertenecen, por tanto, al depósito de la Fe. Pero en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer se han hecho doctrina viva y santificante, hasta el punto de que, para muchos, la buena nueva de la filiación divina ha sido también otro «redescubrimiento». Este sentido de filiación divina impregna totalmente la espiritualidad del Opus Dei y ofrece al cristiano unas perspectivas quizá nunca imaginadas de sus relaciones con Dios. Unas relaciones que se hacen a un tiempo más íntimas y más exigentes, como corresponde a quienes están unidos por vínculos de paternidad y filiación.

Toda la vida religiosa del cristiano se impregna de nueva claridad, a la luz de la filiación divina. En estos tiempos nuestros, en que las muchedumbres producto de la sociedad de consumo alcanzan niveles de envilecimiento y degradación, quizá sin precedentes en la historia humana, el sentido de la filiación divina es una apremiante llamada al cristiano, para vivir con la dignidad propia de un hijo de Dios. En ésta época socializada, en que los hombres buscan ansiosamente sistemas perfectos de seguridades, que les cubran frente a todo riesgo, el

cristiano, sin incurrir en paralizantes fatalismos, sabe por la fe que existe una Providencia paternal de Dios y que, para él, en definitiva todo es bueno. ¡Cuántas veces habrá repetido Mons. Escrivá de Balaguer esta doctrina de S. Pablo: *omnia in bonum!*: para los que aman a Dios, todas las cosas son para bien (Rom. VIII, 28)! ¡Y para cuántos esta verdad habrá vuelto a ser fuente de alegría y paz!

Contemplativos en medio del mundo

Un caudal de consecuencias se deriva de la filiación divina, cuando esta filiación, de pura noción intelectual se transforma en verdad viva y operante. El Fundador del Opus Dei inculcó siempre la primacía de la oración, porque esa es la constante enseñanza de Cristo en el Evangelio y porque unas relaciones de paternidad y filiación no serían concebibles sin trato mutuo y familiar, sin diálogo divino, sin amor.

Pero la oración habitual tiende por su propio impulso hacia la contemplación. El cristiano corriente, que trata de santificar su vida ordinaria, necesita ser hombre de oración, porque sin oración no puede haber santidad. Este hombre no debe encontrar cerrada la senda de la contemplación. Es uno igual a los demás, que no sale del mundo para buscar una soledad que no le corresponde. Ese hombre, en su lugar del mundo donde por propia vocación permanece, busca estar siempre en presencia de Dios y aprende a descubrirle, a través de las circunstancias, los acontecimientos y las personas que constituyen el entramado humano-divino

de su misma existencia. Me parece ocioso llamar la atención sobre la riqueza teológica de esta doctrina y su trascendencia para el futuro de la espiritualidad y de la vida cristiana.

Doctrina y vida

En Mons. Escrivá de Balaguer la doctrina formó siempre cuerpo con la vida y era inseparable de su propia existencia. Siguiendo las huellas de Cristo, que *coepit facere et docere* (Act. I, 1), la doctrina que enseñaba el Fundador del Opus Dei estaba tan hondamente enraizada en su hacer —en su vida— que podía considerarse como una sobreabundancia de su personal experiencia. De ahí proviene ese resello de autenticidad —de verdad vivida— que impregna todo su magisterio espiritual y que fue, sin duda, la clave de su capacidad de arrastre sobre las mentes y los corazones de tantas y tan diversas gentes.

Esa riqueza de la personalidad humana y sobrenatural del Fundador del Opus Dei, representa un obstáculo prácticamente insuperable para cualquier intento de compendiar en algunas páginas los rasgos más representativos de su fisonomía y de su doctrina espiritual. De esta dificultad éramos conscientes desde el principio, y por eso advertimos ya que nuestras consideraciones no podían aspirar a ser otra cosa que unas simples e incompletas primicias. Pero cuando se acerca el momento de tener que poner punto final a este escrito, se experimenta como una sensación de angustiosa impotencia, por no haber acertado a decir casi nada, por haber de-

jado el tema prácticamente inédito. Pero, puesto que doctrina y vida estuvieron inseparablemente unidas en Mons. Escrivá de Balaguer, tal vez la más discreta forma de concluir sea, sencillamente, limitarse a señalar, un poco al voleo, algunos puntos de su magisterio de siempre, pero en los que parecía poner especial acento en los últimos años de su vida.

El Fundador del Opus Dei se sentía cada vez más urgido por el ansia de adorar a Dios y de reparar con todas sus fuerzas esa falta de sentido de adoración, que constituye el signo más negativo de la humanidad de nuestra época. Vivía un trato íntimo y familiar con la Santísima Trinidad y con cada una de las tres Divinas Personas, y también con esa «Trinidad de la tierra», que formaron —con Jesús— María y José. El, que había enseñado siempre a hacer de la Santa Misa el centro y la raíz de la vida interior del cristiano, hacía hincapié continuamente en su naturaleza de acción trinitaria.

Existe otro aspecto del magisterio del Fundador del Opus Dei que conviene señalar aquí, por la intensidad con que lo vivió: el relacionado con el Sacramento de la Penitencia. Mons. Escrivá de Balaguer exhortaba ardientemente a los cristianos a no sustraerse, con suicida inconsciencia, al amor misericordioso del Dios que perdona. El, que se definía a sí mismo como «un pecador que ama a Jesucristo», sentía la necesidad del perdón de Dios y lo buscaba en el Sacramento, una o más veces por semana. Y así, otra vez más, fundando como siempre la doctrina que anunciaba sobre la autenticidad de su propia vida, exhortaba a todos a acudir

frecuentemente a la confesión sacramental y la recomendaba también a los niños, desde la edad del discernimiento.

Este hombre de Dios, con finísima sensibilidad para las cosas del alma, comprendía mejor que nadie el daño que causa al mundo la pérdida del sentido del pecado y el consiguiente abandono del Sacramento de la Penitencia. El cariño entrañable, el amor paternal que sentía por cuantos se le acercaban, infundía una conmovedora sinceridad a las palabras con que animaba a la confesión frecuente.

Amor a la Iglesia y al Papa

Es obligado aludir todavía a algunos temas que mantuvieron siempre una permanente actualidad, en la mente y en la doctrina del Fundador del Opus Dei. Uno de ellos es el amor a la libertad que, junto con el buen humor, quería que fuese como el legado que, en lo humano, dejase a sus hijos. El amor a la libertad era en él tan profundo, que parecía enraizado en su sangre catalano-aragonesa. «Sin libertad —decía— no podemos amar a Dios ni darle gloria. Sin libertad, seríamos una cosa». Ese amor le llevaba a defender con pasión la libertad cristiana de los hombres —también de los sacerdotes— la de las almas y la de las conciencias; y a defenderla contra toda suerte de tiranías, sin excluir, si llegase el caso, las que pudieran insinuarse dentro de la propia Iglesia. El amor a la libertad se conjugaba armónicamente en Mons. Escrivá de Balaguer con el afán de servicio —«para servir, servir»— que le llevó durante su vida entera a estar

siempre a disposición de todos, a servir sin descanso a la Iglesia y a los hombres.

El Fundador del Opus Dei sintió un apasionado amor por la Iglesia y por el Vicario de Cristo. Su veneración hacia el Romano Pontífice fue absoluta e incondicionada. El Papa era siempre a sus ojos «el dulce Cristo en la tierra», como gustaba decir con palabras de Sta. Catalina de Siena. El amor a la Iglesia fue en él afecto entrañable, pasión filial: la Iglesia era Madre suya, y así la llamaba, «mi Madre, la Santa Iglesia Romana». Los males de la Iglesia, tantas veces causados por la infidelidad de quienes más obligados estaban a ser fieles, produjeron a Mons. Escrivá de Balaguer un padecimiento tal, que sería imposible pretender hacernos idea del mismo. Por eso, desde hace años y con progresiva intensidad ofrecía a Dios su vida por la Iglesia Santa y por el Papa. El Señor ha aceptado el ofrecimiento.

JOSE ORLANDIS

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS